

**1 de enero de 1896**

El viento bóreas, ¡qué serio y peligroso que es! Hoy, en el tercer aniversario (contando por semanas), no me ha permitido pasar la velada con Livia. La he acompañado en el carruaje hasta St. Andrea (también estaba en el carruaje la señora Posser) y, después, como un cobarde la he abandonado. Primero me atormentó la duda de que Livia se sintiera dichosa al verse libre de mí por una noche; oh, tormento doloroso, el espanto no esperado de que nuestra vida futura pareciera, de golpe, comprometida. Justo después pensé que hubiera debido permanecer en el carruaje aunque sólo fuera para asegurar un poco el vehículo con mi peso. Y cuando llegué al Banco,<sup>1</sup> al que Livia debía telefonar para comunicarme que había llegado sana y salva, me senté y no pude hacer más que

esperar la noticia de que mi rubia, la más grande y mía, la gran esperanza de verdadera y sólida felicidad, hubiese llegado sin novedad a casa. Palabra de honor que en un rincón de mi alma anida algo que parece religioso. Vuelvo a leer estas líneas y me parece que soy un incorregible egoísta.

*So innig zwei Menschen einander lieben mögen, sie können doch nicht vollständig ineinander aufgehen. Nur diejenigen werden sich stets nahe bleiben welche fortwährend das Bedürfniss fühlen, sich einander zu nähern.<sup>2</sup>*

JOSEPH FREIHERR VON EÖTVÖS

**2 de enero de 1896**

II/I mientras sopla el bóreas.

¡Oh! ¡Gracias! ¡No puedes más! ¡Pues tampoco yo! ¡Ya no sé lo que piensas de mí ni lo que sientes por mí! ¡Lo he olvidado! ¡La ballena!<sup>3</sup> Afuera sopla, sopla y no deja de soplar. Esta noche iré, seguro que iré. Iré a conquistarte de nuevo porque quién sabe si todavía eres totalmente mía. ¡Lo dudo! Tengo ganas de fumar, de beber, de entregarme a todos los vicios para castigarte... a ti, que hasta ahora no tienes culpa alguna.

**3 de enero de 1896**

1896, 10 h 30 min

Obedezco a tu deseo, Livia mía, e inicio estas anotaciones... a la alemana. Que cada día me conceda una idea o un sentimiento de ti y que me surjan natural y espontáneamente del corazón. Entonces será bueno para nosotros todos, es decir, para nosotros dos.

---

Un hombre sólo puede tener dos grandes venturas en este mundo: la de amar mucho o la combatir victoriosamente en la lucha por la vida. En ocasiones puede ser feliz, pero no sucede con frecuencia que el destino le conceda ambas for-

mas de felicidad. Me parece, entonces, que de los caracteres humanos, los más felices son aquellos que saben renunciar al amor o aquellos que abandonan la lucha. Infelicísimos son quienes se dividen entre el deseo y la acción en estos dos campos tan opuestos. Es extraño que, pensando en mi Livia, vea en ella tanto el amor como la victoria.

16 h - 7 minutos.<sup>4</sup>

**4 de enero de 1896**

¡Nana nanita mi niña!

Qué bella es la violencia en el amor, ¡qué cosa más bella es! ¿Sabes por qué me gusta tanto ese lugar del que huyes? Porque renuncias a saber y me corresponde a mí el forzar-te. Además de otros elementos que se añaden y que no son menos bruscos. Cuando te tengo entre mis brazos, toda, toda recostada sobre mí, te siento más que nunca como una presa. Acercó mi cara a la tuya y no sé todavía si te comeré o te besaré. Me limito al beso, por magnanimidad, pero el sentimiento de mi magnanimidad me acompaña tan permanentemente que el beso tiene el sabor de un mordisco. Pero para ti no es lo mismo, ¿no? Sin embargo, en nuestra rela-

ción la violencia jugará su pequeño papel. Se darán todas las formalidades y luego, tranquilizada por ellas, ya no tendrás nada que oponer.



Hace hoy tres meses de la muerte de mamá. ¡Cuánto la he llorado!

16 h - 7 min

5 de enero de 1896

11 h once min

Hoy una cosa extraña pero no amorosa. Mi amigo Frizzi no está nada bien y el doctor Zencovich le ha dicho que todos sus males se deben al tabaco. Ha añadido sin embargo, que no le prohibiría fumar visto que era inútil, porque sabía que sería una prohibición vana. Entonces he pensado: ¿lo que es imposible de hacer por el doctor Zencovich no sería posible hacerlo por Livia? He fumado de inmediato un cigarrillo para señalar la hora y me he hecho la firme promesa de ofrecerte a ti, Livia mía, el sacrificio de este vicio. De las palabras del doctor Zencovich se desprende cuán importante es este sacrificio. Tendrás, sin duda, profundas sospechas de que esté haciendo este sacrificio por ti y no por mí. Sin embargo, es

sólo por ti. Se trata de amar con paz y bienestar, se trata de tener los nervios templados para eliminar las dudas y para sentir un cariño de idéntica intensidad cada mañana, cada noche. Por el doctor Zencovich, de ningún modo; y esto es una verdad como una casa, porque jamás conseguí hacer nada parecido por los médicos que me lo aconsejaron. En el fondo, mi vida es una parte (pequeña) de nuestro amor y por amor la cuido, no por egoísmo.

6 de enero de 1896

20 h

Cómo aumenta mi pasión y qué diferente es de todas las que la precedieron. Más estúpido me vuelvo (y perdona, Livia, que continúe usando este adjetivo que la costumbre reclama) y en más dichoso, sereno y trabajador me convierto. Hace un instante por una necesidad instintiva de oír tu voz a esta hora en que siempre la oigo, te llamé por teléfono sonriendo en la oscuridad, a ti, a tu voz, al vestido lila que llevas hoy y que se parece a tu voz, a tu rostro que, en verdad, no tiene el mismo color. Y lo extraordinario es que también me reconforta el alma, aunque no esté cerca de ti. Te siento muy mía incluso en la distancia, y desciende hacia mi alma el inmenso sosiego que este mundo bellaco y burgués me

permite. Te conquisto ahora, pero ello te obligará a atarte, ligarte a mí con nudos indisolubles, y será bueno. ¡Oh qué buena y querida burguesía! La dicha de saberte tan mía, definitivamente mía, me obligó a hacer cualquier cosa y me puse a fumar nada más dejar el teléfono.

**7 de enero de 1896**

9 h 30 min

En verdad, al despertarme no conservo en la memoria el rostro ni el amor de Livia. A veces, para recordar la totalidad de lo uno o de lo otro necesito ver la fotografía, que ha permanecido, tranquila, mirándome cómo dormía. Y entonces la tranquilidad del despertar se interrumpe de pronto con el recuerdo de la vida, de la vida entera, y me asalta en ese mismo momento la dicha de la posesión y las inquietudes que siempre acompañaron y acompañarán mi amor. Recuerdo luego las largas peroratas del día anterior contigo o solo, mudo, a tu lado para tranquilizarme y, cuando me levanto, silbo un aire de Wagner, el músico del amor y del dolor, aunque yo sólo experimente lo primero. Salgo de casa con el

sombrero sobre todo este desbarajuste y... con un cigarrillo en los labios. ¡Pobre Livia! Cada gusto o disgusto que me das, aumenta mi faringitis.

8 de enero de 1896

10 h 15 min

¡Cuánto reposo puede haber en la escritura! Hoy he tenido mucho que hacer y he buscado en este cuaderno la tranquilidad, un momento de respiro, y sin embargo, Livia, ciertas palabras que me dijiste ayer me desagradaron profundamente y me pesan en el alma, duelen, duelen, como una pesadilla. Por eso hoy al retomar este diario, he pasado del hastío al sufrimiento, sin encontrar el sosiego de los días pasados. Cuando tú leas estas páginas, yo (espero) habré olvidado aquellas palabras y no podré siquiera volvértelas a decir. ¡Tanto mejor! Mientras tanto, el día transcurre oscuro y triste, sin ningún esplendor. Qué desgracia que mi nerviosismo me haga ver tan brutal el presente y tan temible el fu-

turo. ¡Ah! Me parece que será mejor volver al aburrimiento del trabajo que garrapatear así estas páginas para las que tú imaginabas otra finalidad.

9 de enero de 1896

11 h

La fecha de arriba está equivocada porque seguimos estando todavía en el día 8. Tengo que escribir prieto, prieto, con el fin de tener un poco de espacio para mañana. Escribo con ánimo de rectificar alguna de las palabras escritas antes y que ahora lamento. A mediodía fuiste de nuevo mi amada, amada Livia, y a pesar de mi horrible estado nervioso, pude serenarme y caminé por las calles de Trieste con mis deplorables andares, si bien andares de triunfador. ¿Verdad que jamás volverás a lavarte la boca porque yo la haya besado?

Hoy sí es 9 de enero

11 h

Cómo me satisface saber que también tú has sufrido. ¡Qué violento el pequeño carácter de mi Livia! Pensaba en ello y me reí toda la noche. Reía feliz, inocente. *Erhabener Geist, du gabst mir Alles!*<sup>5</sup> Livia antes que nada y Livia, que es así. ¡Pero no puedes confundir de ninguna manera a M.<sup>6</sup> con H.C!<sup>7</sup> Sin duda, este señor M. se comportó mal, aunque no de modo anómalo. Me parece un hombre que disfrutaba, de corazón, con la idea de saberse amado por una flor como tú. Pensaba en una *Knospenfrevell*<sup>8</sup> y gozaba en su delirio como sueñan todos los hombres. No cabe duda de que era impuro, pero no es culpa suya. Incluso me hubiera resultado más simpático si hubiera intentado asesinarte por amor. En lugar de eso (¡oh, ruin individuo!) estaba siempre más atento a no comprometerse, ¡menudo burguesito! En cambio, dejarte después de hacerte sufrir y disfrutar, esa conducta sí habría sido digna de una persona inteligente. Con lo que hizo sólo logró hacerme reír toda la noche y pensar que la tarea de ser amado por Livia me ha resultado mucho más fácil que a él.

10 de enero de 1896

¡Cómo eres, mi buena Livia! Ayer te alegraste de que te dijera que, aunque millonaria, harías bien en casarte conmigo. A mí me han hablado y me hablan de ti, bien o mal: para mí siempre eres la misma. Y cuando me decían: Livia no tiene el carácter de Nella<sup>9</sup> ni el de Olga<sup>10</sup> sino el de la abuela, reía con ganas pensando en los colores de tu cara, que permanecían inmutables a pesar de la insolencia de la que eras objeto, y pensaba: ni el de Nella ni el de Olga, pero para mí mejor que mejor. Me amaré como deseo ser amado y me soportaré, soportaré mis caprichos y mis males, amaré todo de mí, loco, brutal, viejo. Dejaba que parloteasen y que hablasen mal o bien de ti, y pensaba: Livia no tiene defectos ni virtudes. Livia es Livia.

16 h - 7 min

No puedo esperar hasta mañana para escribirte. Hoy (todavía día 10) me ha sucedido una cosa que me ha conmovido profundamente. Pensando en ti he pasado veinticuatro horas o casi sin fumar. Si eres buena, buena, te vuelvo a prometer ahora, siempre pensando en ti, liberarme de todos mis vicios y convertirme en un marido como te mereces, amante perenne y sereno que no te agobie, que no tenga dudas sobre ti.

11 de enero de 1896

Ya no te llamaré más por teléfono. Me siento muy mal después. Siempre está cerca de mí algún empleado y debo decirte palabras tan frías que el hombre ni siquiera debe darse cuenta de que hablo con una mujer. Tú puedes ser naturalmente fría, inglesita *ladina*<sup>11</sup> hastiada de vivir, y a la que, si no estoy al lado para turbar y perturbar, es difícil hacerle perder la compostura. Por eso dejo el teléfono frío, frío y agobiado. ¡Qué desgracia! Este aparato no me transmite más que informaciones y acentos secos y gélidos con los que no sé qué hacer. Para ti el teléfono es un sustituto del telégrafo, para mí debe sustituir sobre todo el contacto, el beso.

12 de enero de 1896

10 h

Desde ayer le estoy dando vueltas a esto: en la estación dije un *bon mot* que te hirió; esas palabras expresaban mi indiferencia por todo menos por el cigarrillo. Para disculparme dije que estaba bromeando, pero el episodio fue más serio de lo que hubiese deseado y de cuanto puedas creer. Mi indiferencia por la vida está siempre presente. Incluso, cuando siento a tu lado el placer de vivir, permanece en mi alma algo que no disfruta conmigo y que me va advirtiendo: cuidado, no todo es como parece, todo es una comedia y caerá luego el telón. Además, la indiferencia por la vida es la esencia de mi vida intelectual. En tanto que espíritu o fuerza, mi palabra no es otra cosa que ironía, y temo que el día

en que logres hacerme creer en la vida (algo imposible) me encontraré totalmente empequeñecido. Casi, casi, te rogaría que me dejaras seguir así. Tengo un miedo inmenso de que, siendo feliz, me convierta en un estúpido y viceversa; soy feliz (cuánta compasión sientes por mí) sólo cuando siento que se me mueven en mi cabezota ideas que creo que no se mueven en muchas otras cabezas. Que tal cosa sea mi sincero deseo de no herirte, ya lo prueba el hecho de que por ti (y justamente por ti) deseo o desearía renunciar al tabaco, que me atreví a convertir en tu propio rival.

13 de enero de 1896

10 h 30 min

¡Pensamientos! Graves pensamientos, que de vez en cuando e incluso en estos días, alteran mi sosiego. Lucho por conservar el cálido sentimiento de mi felicidad, pienso en tus cabellos, en tu boca, en tus mejillas rosadas, pero luego vuelvo otra vez a mis cavilaciones. No sólo es *question d'argent*. ¡Es mucho peor! Las preocupaciones o las carencias no se llevan el afecto, sino sus manifestaciones. Verás que soy la causa primera de tu situación menos favorable y en ese mismo instante ya no me amarás. Y luego (voy indagando con total sinceridad en mi alma) tendré como única preocupación el ver cómo disminuye, porque *quiero recordármelo siempre*, tengo con esta unión bien poca cosa que perder. No la fe en

mi inteligencia o la gran capacidad de auténtico trabajo, ni siquiera la inmensa ambición de mi juventud. Sólo tú, con tus 21 años puedes perderlo todo. Si me miras con dureza, si me dices que de mí sólo puedes amar la ineptitud, dolorido para siempre, te diré: *Tu l'as voulu!*<sup>12</sup>

Todavía 13

Alfonso ha muerto. Fui a ver su cadáver. Mi afecto por él no ha sido nunca muy grande una palabra suya me llegó al alma y por ella lamento su desaparición. Sin embargo, delante de su cadáver me sentí cercano, cercano al mío, a tu pequeño lecho. Y me vi exactamente así, frío, frío y solo, algo con un lejano recuerdo de la vida. En la habitación de al lado tú todavía llorabas aunque yo no percibía esas lágrimas o cuando llegaban a mis oídos comprendía que eran anuncio de la separación eterna. Quizás se habían derramado más por la vida que por la muerte. ¡Pobre rubia mía! Todo lo que hasta entonces había pensado sobre los dos recaía sobre ti; pensamientos acaso serios, serios, por tu futuro y el de otros. Y tú, enérgica, como yo te amo, pensabas intensamente más que intensamente sufrías.

16 h menos 7 min

13 de enero de 1896

14 h 10 min

Es raro lo descontento que me siento de mí, de ti, de todos. De mí porque todavía no logro tener fuerza de voluntad; de ti, porque ayer noche faltó una cosa que no te diré; de todos los que nos rodean, porque son menos benevolentes de cuanto yo quisiera. Es una cuestión de sensaciones, porque quizá me resultaría imposible decirte en qué te has equivocado. Pero, sin duda, te has equivocado. Mientras tanto, hace un instante te he llamado para sentirte diferente de cuanto temo. ¡Te has equivocado! ¡No estás nunca en casa! ¿Siempre estás de paseo? Hoy almorzarás con Paola<sup>13</sup> ¡y no estaré! ¡Te has equivocado! Me espera un día horrible. ¿Qué podré enseñar en el Revoltella?<sup>14</sup> ¡Fumad! Fumad y no améis.

Todavía 14 de enero

16 h - 7 min

Qué hermosa eres, serena, *en plein air*. Hoy cuando volvíamos de ver a Ortensia,<sup>15</sup> tan calmados, tan buenos. Contemplé a plena luz del día tus ojos tan transparentes y me pareció que podía ver en su interior hasta tu alma. Eras toda transparente, incluso tu piel, incluso el rojo de tus labios y todo sonreía, me sonreía a mí. Así, así quiero que seas. ¡Oh, si me fuera concedido tenerte así toda la vida, suavemente serena!